LA ORGANIZACIÓN OBRERA

ORGANO OFICIAL
DE LA
FEDERACION OBRERA
REGIONAL ARGENTINA
(Adherida a la Federación Sindical Internacional)

Redacción y Administración
Belgrano 2545 : U. T. 102 (Mitre)

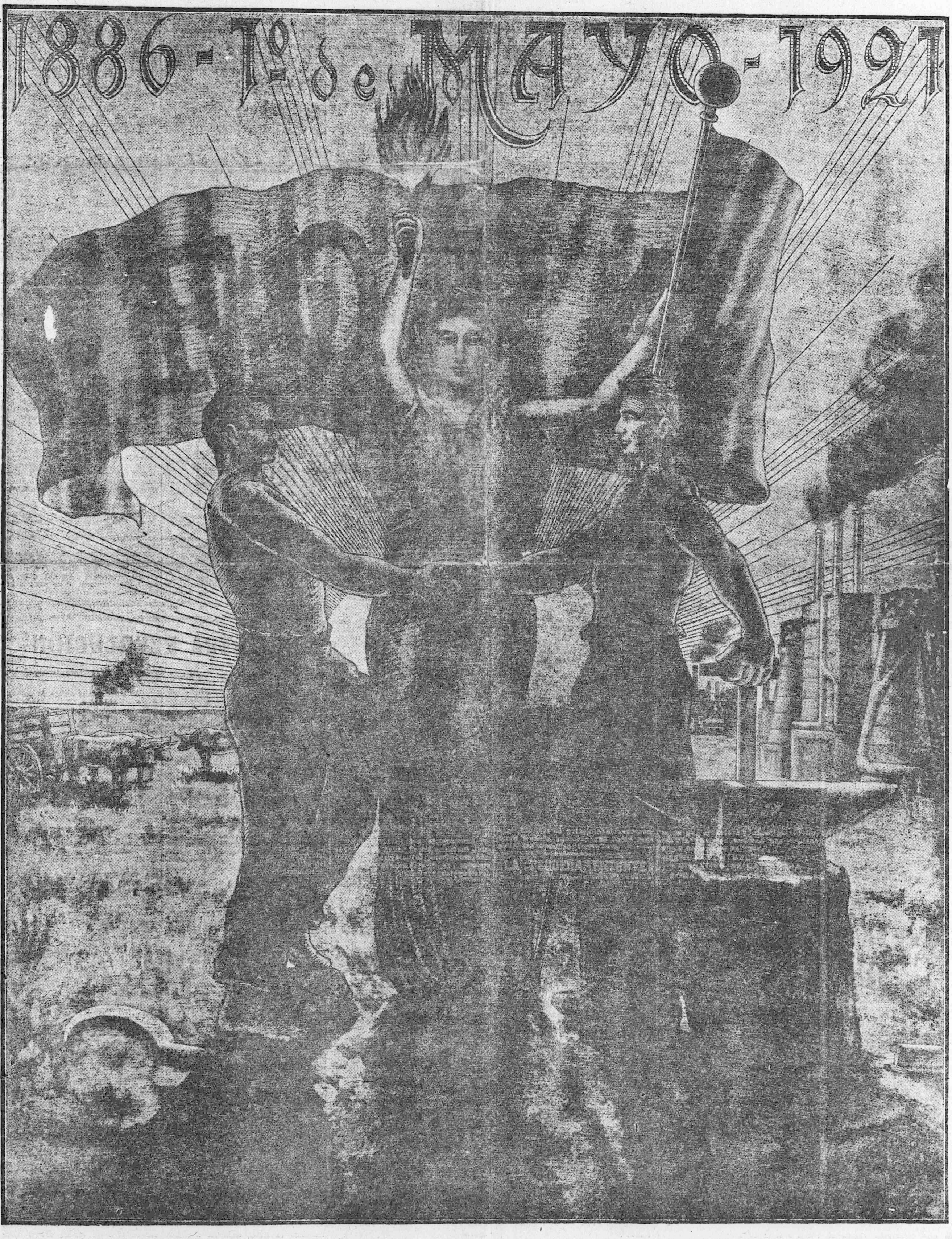
SUBSCRIPCIÓN MENSUAL ADELANTADA
Capital e Interior. . $ 0.50
Exterior, $ oro. . . 0.30

Número suelto 10 centavos

PORTE PAGO

AÑO IV | Núm. 179 | PERIODICO SEMANAL — Aparece los Sábados | Buenos Aires, Mayo 1º de 1921

Remitente: F.O.R.A.
Belgrano 2545 B. Aires



1º DE MAYO

Nuevamente estamos en el día de la revista universal de las fuerzas del trabajo. Después de un año más de fatigas, explotaciones y luchas, el proletariado da su toque de reunión y las divisiones distribuídas en sus respectivos sectores acuden al pie de la bandera a rendir armas a su símbolo de redención.

Las columnas convergen desde los campos y los talleres, al altar prefijado en las plazas, entonando sus himnos de esperanza, afirmando sus ideales, gestados y robustecidos en el trabajo y la lucha de un nuevo año, coronando dignamente con un acto grandioso la serie infinita de acciones encaminadas a la emancipación.

La F.O.R.A. congrega en cientos de pueblos y ciudades a sus bizarros legionarios, presentando el cuadro imponente de un pueblo que va condensando en su seno de fecundas actividades las energías constructoras de la sociedad del porvenir, cumpliendo en su hogar regional la obra que sus hermanos realizan en los demás países.

Así la bandera roja del proletariado congrega a lo más grande y útil de la humanidad bajo su sombra gloriosa, hablándonos de la futura unidad del mundo.

Contra todo odio creado y fomentado por las conveniencias del capital, se afirma en una demostración que envuelve al mundo entero la internacionalidad del trabajo, su fraternización, condenando el sistema de explotación, de división de clases y pueblos, que son preparados a fin de tenerlos listos para las guerras que benefician a la minoría privilegiada que usufructúa los esfuerzos de los hombres laboriosos.

Cuatro generaciones proletarias han vivido uncidas al carro del vencedor y del fuerte, que con astucia y violencia creó y mantuvo hasta el presente su predominio criminal. Cuatro generaciones de esclavos modernos que han levantado el imperio del capital hasta las cumbres de un esplendor inaccesible para ellas, pero los eventos europeos señalan ya el período de decadencia de la clase opresora, iniciado en la nación más grande del continente y presentida en los demás por la marcha acelerada de los acontecimientos.

En cada revista nuestras fuerzas se presentan aumentadas en número y disciplina, con empujes tan poderosos que obligan al enemigo a replegarse siempre más en sus últimas líneas.

Aleccionados por la experiencia, y bajo la inspiración de los sentimientos solidarios, los obreros de la F.O.R.A. se disponen a realizar la unidad del proletariado, que habría de acrecentar nuestra potencialidad frente a los factores adversos.

Sea, pues, este día una jornada nueva de preparación de la obra inteligente de integración sindical, que si se malograra sería por la acción disolvente del enemigo infiltrado hábilmente en el campo obrero, disfrazado con el ropaje vistoso de idealismos que no se sienten en la acepción de la verdad de sus postulados.

Pero no detendrá nuestra ascensión hacia la meta de la capacitación y liberación del proletariado, ninguna maniobra desleal.

Ni la fuerza bruta, ni la astucia artera tendrán la virtud de sofocar la obra gigantesca que desarrollan los productores conscientes.

Lo que está en la naturaleza íntima del movimiento social contemporáneo, no puede ser detenido por artificios de ningún género.

Cada día y cada hora señalan con una nueva acción el crecimiento del poder naciente de la clase obrera.

La lucha de clases se agiganta e intensifica y la solución de la crisis burguesa se hallará en el término máximo de ese concierto combativo.

Cada batalla aumenta nuestro ejército, mientras disminuye el del enemigo y se quebrantan sus puntales.

La jornada del 1o. de Mayo será un nuevo signo de voluntad y organización, un tributo más de valores morales y materiales aportados a la revolución que avanza.

En centenares de manifestaciones presidirá el espíritu de clase de los obreros, haciendo vibrar en el espacio los vítores a la F.O.R.A.

Miles de columnas recorrerán las calles de todas las ciudades del globo vivando a la emancipación de los opresos del capital y todas las falanges del trabajo expresarán el mismo sentimiento en el grito universal de:

¡Viva el 1o. de Mayo!

DERECHO BURGUÉS Y DERECHO OBRERO

Por LUIS LOTITO

El patrón se considera amo absoluto en su propiedad o fábrica y proclama el derecho de mandar a su arbitrio sin control ninguno ni derecho de tercero, haciendo primar su voluntad y conveniencia.

La propiedad tiene derechos reconocidos por la ley, los que se acumulan a los derechos de la persona del propietario, armándolo invenciblemente para su defensa desde el punto de vista legal.

Estos derechos son inalienables e indiscutibles mientras el patrón permanece solo en su propiedad, pero en cuanto admite en su casa a otra persona, su derecho se modifica y no tiene el mismo carácter absoluto.

Cambia la condición y cambia el derecho. El aspecto de absoluto e indiscutible sufre un quebranto, pues así como la propiedad es un derecho, la persona humana representa derecho también y al admitir en su dominio industrial a un segundo deja entrar con él otros derechos que se colocan dentro de sus mismas atribuciones.

Y el propietario no sólo **admite** en su propiedad a otras personas, sino que las **solicita**, porque su hacienda nada valdría ni podría rendirle sin el concurso ajeno.

Necesita ayuda para hacer fructificar los elementos materiales de que se ha apropiado. Son otras las fuerzas y los factores que dan vida a su propiedad y la llevan por vías de progreso.

El derecho del trabajo es indiscutible también. El burgués que vive solo, que no necesita el concurso de fuerzas extrañas para hacer marchar su establecimiento, puede negar con fundamentos el derecho del trabajo, pero a este patrón nadie le presenta lucha ni nadie le reivindica nada.

Pero la evolución capitalista fué matando al industrial independiente y creó un organismo grande y complejo en el cual intervienen miles de desheredados para hacer producir el capital del amo, al cual presentan su condición de fuerza interna en la producción que plantea su faz de derecho.

Tenemos así derecho contra derecho.

Surge la divergencia de intereses y lógicamente se produce el conflicto, porque todo derecho supone la facultad de sostenerlo y medios de defensa.

El derecho obrero queda así establecido dentro de la más estricta justicia. Pero no tiene amparo legal alguno.

Hechas las leyes fundamentales de la sociedad actual a imagen y semejanza de los intereses del capital, el trabajo quedó fuera del derecho.

La moderna legislación, surgida de los principios de la revolución francesa, fué en sus comienzos enemiga de toda concesión a los derechos del trabajo, y si bien el criterio estricto que la informó ha sufrido modificaciones notables, en el fondo subsiste el espíritu netamente capitalista de que tomó forma.

El obrero no puede recurrir a ningún resorte legal cuando necesita trabajo. Si está desocupado vagará meses enteros en procura de él para conseguirlo, sin que nadie se lo acuerde.

Tampoco tendrá medio de defensa judicial para valorar su producto. Si el amo le paga insuficientemente para la subsistencia, colocándolo al borde del hambre, nada le interesa al derecho burgués que el obrero perezca. El derecho a la vida, que debía ser el primero, no existe en el código burgués, y el desocupado o el explotado perecerá de inanición sin que se perturbe ni se haya lesionado el derecho vigente.

Para defenderse, el proletario debe recurrir a un hecho nuevo que crea el derecho cuya necesidad siente. Este es la organización de sus fuerzas, que reclama al patrón lo que le es necesario y fija las condiciones de la prestación de sus facultades de trabajo.

Tenemos dos derechos en lucha. El viejo, creado para servir a la clase que lo moldeó a sus necesidades, y el nuevo, que está elaborándose en el seno de una clase impelida a la lucha por las necesidades más apremiantes.

Originado el conflicto y llegado al rompimiento de relaciones por el desconocimiento del derecho obrero, que no se le acepta como tal porque no está escrito, el obrero se retira de los dominios industriales del amo: he ahí la huelga.

Si producido el conflicto la huelga no se declara, ella está en estado latente y se manifiesta en múltiples formas, aun cuando haya la intención de ocultarla.

Este fenómeno es tan natural, surge tan lógicamente de las propias condiciones existentes entre patrones y obreros, o entre capitalismo y sindicalismo, que desvirtúa por completo toda interpretación subjetiva o partidista.

El hecho es tan universal y persistente, que rechaza las explicaciones infantiles atribuyéndolo a la intervención de personas interesadas en ello, o a intenciones extrañas al movimiento obrero, o al poder de sugestión de ciertas teorías.

Profundizando se llega a la conclusión de que es el resultado del desenvolvimiento industrial. La centralización económica, destruyendo al capitalista independiente, absorbiendo las actividades productivas y concentrándolas en grandes compañías, ha creado y desarrollado los factores de una nueva civilización que puja por romper el molde viejo y aparecer libre en la faz de un derecho que reconozca la nueva entidad social.

El capital, que podía defender sus posiciones frente al enemigo interno que había creado, por ser éste incipiente, se ve envuelto por falanges que lo acosan por todos sus flancos. Un empresario, activo y sagaz, luchaba con cierta ventaja contra el pequeño núcleo de obreros que asalariaba, pero el proletariado creció inmensamente, penetró cada vez más en lo íntimo de la fábrica, ocupando hasta los puestos de dirección, mientras el capitalista fué desalojándose él mismo del campo industrial o de la mina.

El derecho obrero creció mientras se eclipsaba el derecho capitalista. La clase burguesa es hoy incapaz de ejercer el gobierno de su propiedad, que debe confiar a manos de asalariados. Esta incapacidad lo irá anulando mientras se robustece y agiganta la personalidad del trabajo.

El derecho burgués va muriendo mientras se desarrolla el derecho proletario.

EL TRABAJO

Es el arte de la vida, con el que transformamos la estructura de la propia creación natural, colocando en una situación inferior al mismo "Gran Maestro", que ha sido, es y será superado en el transcurso del tiempo...

Es el buril del artista quien talla en mármol la figura ideal de la mujer perfecta, que ha de impresionar a la madre, que en su egoísmo instintivo desea personificarla, esforzando todos sus órganos vitales por superar la obra maestra del artista.

Es el labrador quien desafiando a la propia naturaleza, empuña el arado, desgarra la superficie de la santa madre tierra, traza el surco en que ha de germinar la simiente, que es el "Pan nuestro de cada día".

Es el acha del montaráz quien entra al bosque, y a sus golpes caen los robustos robles, que han de convertirse en mobiliario de los poderosos; es el mismo... quien le quita la piel al tigre, para que la dama de los salones de oro pueda colocarla bajo sus pies.

Al taller llegan los fragmentos de metales que han extraído del fondo de la tierra; los hornos, cual infiernos bíblicos, los esperan para convertirlos en alambres, que han de acortarnos la distancia, permitiéndonos comunicar de un extremo al otro del universo; en monstruos marinos, que en sus vientres transportan al hijo del trabajo: El producto; en potentes locomotoras que arrastran el convoy, que nos transporta velózmente a lejanas regiones; en máquinas que en sus rotaciones vertiginosas producen la luz, la fuerza y el calor que ha menester la gran ciudad; en este laboratorio de la vida, es donde acude la ciencia a encargar su herramienta; también a él acude la muerte, vestida de militar, en busca del instrumento mortífero, que ha de imponer la ley del poderío.

La pluma, fabricada en el taller, corre sobre el papel, que la fábrica nos envía, para que en él impresione el músico sus sinfonías, el poeta sus versos, el hombre de ciencia su saber y la juventud transmita a su edad el perfume de la vida: El Amor.

M. OLIVETTA.

La F. O. R. A.

ES LA NUEVA ORGANIZACION SOCIAL

B. SENRA PACHECO

LO QUE ES LA F.O.R.A. PARA LOS TRABAJADORES—

En este día todos los trabajadores, la muchedumbre anónima y viril que gesta el bienestar y las riquezas, irrumpe entusiasta por las calles al son de los himnos obreros.

Inspirados en el sentido de la fecha que se conmemora, los más humildes o los más débiles transfigúranse en otros tantos elocuentes apologistas de su clase y de las virtudes revolucionarias de la misma. Bueno será que esas apologías que a manera de cánticos fluyen de los labios obreros traduzcan en toda su sencilla belleza la obra de la F.O.R. Argentina, encarnación viviente de aquellas virtudes de la clase, encarnación real de un propósito revolucionario que satura de esperanza los corazones proletarios.

—

La F.O.R.A. es y representa la unión de los organismos sindicales compuestos por trabajadores asalariados que tienen por norma directriz de sus esfuerzos la lucha de clases, que practican con su acción personal y directa.

Dentro de esa unión se cuentan los sindicatos obreros marítimos, ferroviarios, postal, telegráficos, molineros y empleados del estado, sindicatos que a la vez están vinculados entre sí por afinidades de industria y que responden a sus consejos centrales de industria. Cuéntanse, además, dentro de esa unión aquellos organismos que como las federaciones de sindicatos locales, departamentales y provinciales, responden a vinculaciones geográficas. No cuentan aún con federación de industria los sindicatos de obreros del transporte como los conductores de carros, estibadores y los que se ocupan en las labores agrícolas; éstos últimos forman generalmente sindicatos denominados de oficios varios, los que existen en todo el territorio del país.

Puede afirmarse, en consecuencia, que la F.O.R.A. reune en su seno a los trabajadores de las industrias fundamentales para el funcionamiento y la existencia de la sociedad. ¡Y si esa es su constitución intrínsica y objetiva, ¿qué es, por eso mismo, la F.O.R.A.?

—

Si la elevación de las condiciones morales y materiales de la clase productora depende del grado de fuerza que ella posee para imponerse al enemigo en el terreno histórico de la lucha de clases, la F.O.R.A. significa la materialización de un propósito que enunciaríamos así: "Si la emancipación ha de ser obra de los trabajadores mismos y para realizarla han de organizarse como clase creando la fuerza dinámica que paralice la voluntad y los esfuerzos de la clase enemiga y la anule como tal, la F.O.R.A. por ser la organización de clase (o sindical) de los trabajadores, es la fuerza que usada con mayor o menor destreza eliminará de la sociedad — cuyos fundamentos residen en la economía, en la producción, en el taller —, la odiosidad de las desigualdades que hoy se contemplan, creando la sociedad de iguales cuyo culto más útil y fecundo será el Trabajo".

Deberemos recalcar que la F.O.R.A. no es toda la clase obrera pero sí la parte de ella que al impulso de grandes y complejas causas se dispone a crear y forja diariamente la capacidad de conquista que facilita la ascensión de la clase productora al sitial histórico que le corresponde. Por ello la organización sindical es revolucionaria en sí misma, por encima y a pesar de todas las particularidades ideológicas y más allá de todos los sectarismos.

Tal vez no lo comprendan claramente así los cándidamente líricos que hacen residir la fuerza oculta de las cosas en la magia de las palabras o los que no logran apreciar el valor de las conquistas sindicales de cada día, tanto más revolucionarias cuanto mayores esfuerzos directos demandan de los organismos sindicales. Paciencia; sostengamos contra viento y marea nuestras reales deducciones y ellos reán moralmente aplastados por el imperio irrefutable de la realidad.

Compréndase que generalizamos, sin entrar a calificar ni a amparar los errores que en la organización sindical se cometen, propios de humanos y pasibles de rectificación. En la F.O.R.A. las palabras y las conquistas mejoristas tienen su propio y exclusivo valor, pero nada más; no son el todo pero son una parte de éste, necesarios engranajes de la gran rueda en marcha representada por la acción orgánica y disciplinada de los trabajadores.

LO QUE ES LA F.O.R.A. PARA LA BURGUESIA—

La explicación burguesa más conocida sobre la organización sindical es que ella constituye "un estado dentro del estado".

Demuéstrase con ello que en el seno o en el curso mismo de la acción de la clase capitalista ha surgido un "algo" que se impone con métodos y procedimientos propios y respondiendo, asimismo, a necesidades y mentalidad propias. Es un algo que para imponerse no pide prestado a la clase capitalista, a la organización social que ella se ha dado, ni su mentalidad ni su noción del derecho ni sus procedimientos. Esa es la realidad.

Producto de la oposición y de la lucha de clases, para afirmar su incontrastable y ascendente poderío, la organización sindical deberá siempre agudizar esa oposición y esa lucha. Usar de la mentalidad, de los recursos propios de la clase enemiga, sería cesar en la lucha y sofocar la oposición en que estriban todas las esperanzas de imponer una nueva organización económica de la sociedad.

La acción propia de la organización sindical inspirada en los intereses exclusivos de la clase productora ha creado un nuevo derecho, distinto y opuesto al derecho burgués, el cual no es otra cosa que la justificación de la obra capitalista.

El nuevo derecho, el derecho del Trabajo, a organizarse libremente para interesar a la sociedad en la producción y en sus beneficios y la defensa de ese derecho con el hecho inaplastable e imbatible de la fuerza orgánica de los trabajadores, no puede ser aceptable ni conciliable con el derecho burgués, resultante de los intereses en juego de esa clase. Así se explica la oposición y la lucha de clase en todos los terrenos y la afirmación burguesa de que existe "un estado dentro del estado".

El capitalismo se defiende de ese estado de cosas; pretende arrastrar a la parte inconsciente de las masas obreras a los rediles de los cuales, gloriosamente, han desertado ya los trabajadores de la F.O.R.A. A ello se debe la creación artificiosa de seudos organismos protectores como la "Liga patriótica argentina" que luchan por hacer creer a aquellas masas que el mundo mejor es el de la burguesía, y sus métodos, sus procedimientos y sus ideologías, las más excelsas.

¿Lucha de clases?... ¡Qué horror!... ¡Si el porvenir y la felicidad del mundo dependen de la colaboración de las clases!...

Poco importa que después esta "colaboración" se convierta para un peón de entancia entrerriana en treinta pesos mensuales y secos, mientras al criollo "patroncito" le sobran comodidades hasta para adquirir dos aeroplanos y recorrerse diariamente sus estancias.

Si el capitalismo pudiera — como otrora lo intentara la burguesía en Europa y la misma burguesía argentina lo planeara ante la cámara de diputados en 1920 por medio de un proyecto de Sánchez Sorondo — disolvería a la Federación Obrera Regional argentina sin más trámites. A estas alturas el capitalismo no se siente ya capaz de proponerse la disolución de los sindicatos de oficio. Las necesidades de la moderna producción fabril que se basa en la división del trabajo lo han impulsado a reunir en un lugar a varias decenas o centenas de trabajadores, facilitándoles así el surgimiento de la conciencia y el establecimiento de los vínculos de clase; antojo quijotesco sería actualmente para el capitalismo pretender destruír esos vínculos que tienen ya un arraigo colosal; quédale, sin embargo, la esperanza de destruír, de trabar, de obstaculizar la vinculación de los sindicatos entre sí, impidiendo la acción y la existencia misma de la F.O.R.A.

¿Tendrá éxito el capitalismo en esa tentativa?... Para que lo tuviera debería destruír todos los medios de comunicación, eliminar las causas económicas que impelen a los trabajadores a buscar la solidaridad de sus iguales, sofocar o colmar las necesidades del trabajador asalariado y borrarle la conciencia de su propia situación. Para obtener esto debía eliminarse el propio capitalismo y no le vemos aún propósitos suicidas; por el contrario busca de afirmarse, consolidarse y expandirse.

No es difícil, entonces, vaticinar que la solidaridad de clase se ampliará, se verificará y se fortalecerá con lo que tendremos una F.O.R.A. cada vez más grande, digna y noble.

—

Cantemos, pues, en este día todas nuestras esperanzas revolucionarias ofrendándolas como un estímulo a la F.O.R.A. que las personifica y hagamos leal juramento de ser siempre fieles a esa entidad, símbolo de aquellas esperanzas y resumen de todos los dolores como de todas las alegrías de la clase obrera.

Génesis de la acción proletaria

Por ALCIDES ATAHUALPA

Todo hecho tiene una resonancia intensa sobre el medio en que se produce. Las acciones del hombre son como las ondas sonoras, que partiendo de un punto se difunden en un radio inmenso.

Un choque de dos cuerpos origina la vibración que rompe el éxtasis de los elementos. Mirado superficialmente el hecho no tiene consecuencia más que hasta donde alcanzan nuestros sentidos imperfectos, pero la inteligencia, escrutando descubre resonancias lejanas.

Así también ocurre en el choque de las clases. Una acción proletaria que mejora la condición del obrero, parece no tener más horizontes que el del gremio en lucha, pero penetrando un poco en lo íntimo de las causas y sus resultancias, encontramos pronto efectos lejanos insospechados.

Una acción, efecto de causas anteriores, se convierte inevitablemente en causa de nuevos efectos. Va gestando otras acciones y sigue él mismo alcanzando proyecciones siempre mayores.

Los que no ven esto desprecian la acción proletaria como estrecha e ineficaz, porque creen que queda encerrada en su primera faz y desaparece sin dar nuevos frutos.

Abandonan lo real que merece su desdén para abrazar lo ideal que imaginariamente los lleva a la realización inmediata de los propósitos ulteriores. Pero esto no sale del radio de lo imaginario, en el cual podríase vivir siglos sin hacer adelantar las cosas un milímetro en la vida material, es decir, en la verdad.

Lo falso subordina a lo positivo, cayendo en un terreno donde nada podría hacer ni preparar la clase oprimida. Los propósitos revolucionarios quedarían reducidos a proyectos vagos, aunque muy hermosos.

Ideaciones infructuosas que distraen las fuerzas del campo de cultivo práctico. Ninguna poesía sobre las flores, es capaz de producir una flor. En cambio, un trabajo práctico, aunque muy prosaico, hará crecer una planta coronada de flores. Una azada y la semilla puesta en el surco darán el resultado apetecido. Después el espíritu podrá recrearse cantando las bellezas y los perfumes.

La acción práctica de la clase obrera representa la realidad de la producción en todos sus aspectos, y sin ésta no habría revolución posible. La revolución no se produce por generación espontánea. Es el resultado lógico de un complejo trabajo de organización y de lucha. Es el coronamiento triunfal de un ciclo de energías puestas en juego con ese fin y con plena conciencia del proceso desenvuelto.

El más mínimo acto del proletariado reclamando sus derechos vale mucho más que un valioso tratado de sociología, porque sobre ese hecho real se puede levantar un precioso edificio teórico, que sin él no encontraría bases ni causas productoras.

La revolución es una serie de actos, no un cúmulo de argumentos. Estos acompañan a aquéllos, ilustrándolos, explicándolos, engrandeciéndolos a la luz del entendimiento, o bien empequeñeciéndolos, pero sin lograr desviar las cosas sino en fases secundarias y en forma relativa.

Por eso, aun cuando la acción proletaria fué muy combatida por enemigos que manejaban magistralmente la dialéctica, ella siguió el curso natural que le imponían sus causas motoras. Ni argumentos, ni ley, ni fuerza bruta pudieron detenerla sino en forma circunstancial

La unión sindical de los obreros, débil al principio tiene un impulso inmenso hoy. La simiente escasa ha dado cosechas inmensas. El trabajo de los colaboradores sobre el terreno debía dar ese resultado. Tenemos en la organización de los productores un estado social ampliamente desarrollado, con nuevas concepciones de la vida y del derecho; con una moral fundada sobre los nuevos principios, que tienen sus columnas en el sentido de la solidaridad, que reemplaza al principio en decadencia del individualismo, que hacía de cada hombre el lobo de su semejante y de cada interés la fortaleza levantada contra los ajenos. El hombre lobo del hombre de la moral burguesa, es sustituído por el compañerismo en el trbajo y en la lucha por el bien común.

¿Cómo ha nacido este sentimiento? ¿Dónde se ha formado? Surgió en la lucha obrera, se formó en la unidad de los productores, en sus sindicatos, inspirados en los anhelos de mejoramiento y de emancipación.

La masa obrera, la multitud ignorante, ha dado vida a la más preciosa concepción social. La aristocracia del dinero y del privilegio sostenía la teoría feroz del egoísmo. La escuela, la iglesia, la ciencia y la moral burguesa destruían todo sentido de humanidad, en el hombre, en el pueblo, que veíamos revueltos en espantosos entreveros. Lucha de todos contra todos, que convertía a la humanidad en una especie tan inferior como cualquiera otra en una guerra sin límites y sin término, santificada por las leyes divinas y sancionadas por la moral y la ley.

Frente a ello se levanta hoy la unidad de los pueblos que se quieren hermanos y la solidaridad de los obreros que se hacen colaboradores fraternizados por los comunes vínculos sindicales a través de las fronteras y de los mares.

La unión de un obrero con otro, nacida con el modesto fin de la ayuda mutua y del aumento de jornal y conquista de un descanso mayor, fué la simiente de una nueva sociedad que se ha extendido a todos los ámbitos del mundo y da por resultado la unidad del género humano en sentimientos, moral y acciones, lo cual ha de desembocar en un nuevo estadio de la historia en el cual no habrá ignorancia ni esclavitud, miseria ni corrupción que carcoma y deprima a la inmensa mayoría de los hombres.

La labor tenaz de los obreros habrá creado el nuevo mundo. Ellos, los últimos, los declarados incapaces, los que movieron siempre a compasión, como fueron por siglos los creadores de la vida material, aparecen ya como los artífices y guías de los más grandes destinos de la especie.

Su condición de explotados le ha señalado la misión de romper las cadenas de un pasado infame que va a su ocaso en medio de la gloria de un nuevo sol que nace para iluminar al trabajo redimido.

Breguemos con fe contra todos los obstáculos propios y extraños para hacernos dignos de la misión que la historia asignó siempre a los oprimidos, que son los que llevaron en su alma la inspiración de épocas más felices.

NUESTRA REVOLUCIÓN

EMILIO MÁRSICO

Voces de todos los ámbitos de la tierra ensayan el preludio de la redención humana. Los arcaicos templos, las viejas esfinges de idolatradas épocas, ya no detienen la mirada de un pueblo esclavo que sufre la imposición despótica del capitalismo. Todas las fanfarronadas simbólicas de los tiempos esclavos que precedieron la era de la transformación del imperio del cretinismo feudalista no tienen en el momento actual el apoyo, la simpatía y la atención de los seres fuertes, de los productores compenetrados férreamente de su hitórica misión tendiente a emancipar el trabajo.

Adiós para siempre odios de razas, adiós rencores regionalistas, adiós patrias divinas, a todos vosotros os troncharemos con la misma guadaña por no ser menos que tantos otros prejuicios que la escuela clérico-burguesa-capitalista inculcó durante milenios de absoluto predominio.

Hoy desde la mina a la fábrica, del campo al taller, sopla la clarinada unísona con las vibrantes notas de la internacional obrera. El rincón más apartado del mundo civilizado, también comienza a sentir las ansias de su completa liberación y con sus pequeñas energías precipita el proceso de la revolución.

¡Cuántas puertas ha golpeado la falange obrera! ¡Cuántas peripecias ha sufrido, todo en homenaje al espíritu que le guiaba, tendiente a encontrar un camino conductor que la llevara al triunfo de sus más altas aspiraciones!

Por fin... ya miramos con repudio las muletas que malamente pretendieron guiarnos hasta ayer al igual que la dura cadena opresora del capitalismo imperialista. Ya ostentamos el noble título de productores conscientes que con nuestra perseverancia y con el más alto y sagrado espíritu de sacrificio hemos logrado adquirir una personalidad, y sin duda alguna pronto hemos de cargar nuestras armas y dar el último puntapié a la carcomida sociedad capitalista.

Nuestras sistemáticas y continuas expropiaciones parciales permiten al más miope observar la operación revolucionaria que realiza la organizción sindical en el campo del trabajo. Ya no dudan los parásitos de la fatal catástrofe final. Hoy impresionan a la burguesía sanguijuelesca los actos que el sindicalismo revolucionario realiza; no obstante eso, sigue la eterna farsa...

Se pretende atribuir la acción, factor determinado que surge de las desigualdades por antagonismos profundos, a hechos maquiavélicos llevados a cabo por gente de mal vivir introducida en la ingenua clase obrera. Sugestivas, pues, son las manifestaciones del clericalismo en Italia, tendiente a expropiar la tierra con el objeto de dar más pan a los obreros y argumentando también que a los campesinos les pertenece.

No olvidando que también para los frailes, por no ser menos que toda la pléyade de explotadores, es necesario terminar con los agitadores de oficio... Justificando así que el movimiento revolucionario que surge instintivamente en la clase obrera se apaga con pequeñas concesiones que el capitalismo desde sus más altas posiciones podría ofrecer a los trabajadores.

Este concepto tan miserable de los mercenarios de todo pelaje, no abre brecha en la conciencia obrera, que hoy vive el momento más álgido y real de nuestra historia. Nosotros los obreros, que diariamente luchamos dentro del sindicato con el firme propósito de elaborar por nuestra acción la emancipación de nuestra clase, afirmamos que todo ese caudal de energías, todo el espíritu de sacrificio que los obreros dedican al sindicato, no es con el exclusivo propósito de obtener una simple mejora de salario, sino que luchamos por la abolición de las clases y por la desaparición de la inicua explotación del hombre por el hombre.

Cosa muy distinta que un mayor salario y otras cosas de orden moral que después de todo son necesidades creadas a la clase laboriosa por la misma sociedad democrática burguesa. He aquí cómo el sindicalismo revolucionario ha tenido la gran virtud de demostrar a los trabajadores que han hecho sindicalismo en el taller y en todo sitio de trabajo, que de él hay que esperario todo.

Si los trabajadores analizamos el por qué constituímos una clase esclava; si nos detenemos un momento a observar que la expropiación del taller esclavo por los obreros significa la desaparición de la clase capitalista, fácilmente hemos de comprender que todo el engranaje constitucional, el estado, el parlamento, el militarismo, la iglesia, etc., todos son puntales del imperio capitalista. De manera, pues, que la acción revolucionaria iniciada en el taller, en la fuente económica del régimen capitalista, trasciende necesariamente en una lucha de clases con sus variadas manifestaciones de acción moral y material, constituyendo uno de los fundamentos del sindicalismo, que impulsado por tan hondas causas y factores complejos, será llevado por el proletariado al cumplimiento de su misión histórica: la desaparición total de la clase capitalista.

El proletariado mundial presenta ante nuestros ojos la realidad de lo dicho. Con todos sus actos, desde el más insignificante movimiento tienden a avanzar en el taller suplantando la dicta-

ANTECEDENTES HISTÓRICOS SOBRE EL 1º DE MAYO

Por LUIS LAUZET

La idea de realizar el 1o. de Mayo de cada año una manifestación universal de los trabajadores — acompañada de la interrupción de todas las actividades productivas y del transporte — está íntimamente ligada a propósitos concretos de reivindicación y tiene como antecedentes diversos hechos de la historia obrera que mencionaremos someramente.

Hemos de referirnos principalmente a los hechos que por su propósito de lucha contra el capitalismo pueden considerarse como precedentes, haciendo abstracción de las fiestas periódicas que en diversos países de Europa celebraban los obreros en un determinado día del año. Para nuestro objeto, importa sobre todo enunciar algunos episodios salientes de la lucha de clases más o menos directamente vinculados al carácter que hoy tiene la fecha histórica de los trabajadores.

PRIMEROS ANTECEDENTES

Mencionar el 1o. de Mayo equivale a referirse a las primeras luchas obreras por la conquista de la jornada de ocho horas. Sin embargo, un suceso de la historia inglesa merece ser recordado como el primer antecedente histórico del 1o. de Mayo. Nos referimos a la organización que surgió en Inglaterra en el año 1812 a iniciativa de Tomás Spence, organización denominada "Spencean Philantropst". En sus comienzos — según relata Arturo Labriola — no tenía más que el propósito de agitar la opinión pública para obtener una reforma electoral, pues, según el criterio entonces predominante entre los obreros ingleses, "suponíase que un parlamento electo por sufragio universal resultaría necesariamente un parlamento de trabajadores, esto es, un parlamento que legislaría en el interés exclusivo de la clase obrera". Se convocaron mítines y realizóse una gran agitación para interesar a los trabajadores en la reforma electoral, preparándose un memorial que debía elevarse al príncipe regente, pero éste se rehusó a recibir a la comisión encargada de entregárselo. Los espencianos convocaron un gran mitin, que tuvo lugar en Spa-Fields (Londres) el 2 de diciembre de 1816. "La excitación de los ánimos — dice el autor citado — era tan grande, que a las primeras palabras de los oradores la muchedumbre exigió que se colocaran al frente para marchar sobre la ciudad. Se saqueó un depósito de armas y resultó destruído un puesto de policía, pero la revuelta fué reprimida." Tres meses después se sancionó una ley prohibiendo todos los centros que se denominaban "spenceans" o "Spencean Philantropst". Impedida la existencia pública de estas agrupaciones, adoptaron la forma secreta. Arthur Thistlewood, jefe de los espencianos, declaró, más tarde, en noviembre de 1819, "que no veía — añade el mismo autor — ninguna probabilidad para el éxito de una honesta y franca revolución y que no quedaba más recurso que la organización de una serie de atentados contra las personas más destacadas, proponiendo atentar contra la vida de los ministros. Todas las precauciones fueron adoptadas, pero un espía, llamado Edwards, consiguió penetrar entre los conjurados, informando de todo a la policía. Fueron arrestados los conjurados y sometidos al tribunal, acusados del delito de alta traición. Los conjurados se condujeron con la más grande nobleza. Thistlewood terminó un gran discurso ante los jurados con estas palabras: "Pronto vuestra sentencia me hará bajar a la tumba; mi cuerpo será cubierto por la tierra, sobre la cual di mi primer vagido. Mi único dolor es que esta tierra será todavía teatro de esclavos, de cobardes y de tiranos. Pero no tengo la menor duda de que las próximas generaciones apreciarán mejor nuestro acto."

Los demás conjurados — William Davidsohn, James Ingns, Thomas Brunt y Richard Tidd — tuvieron también frases enérgicas, nobles e inflamadas de ideal.

Los cinco conjurados subieron al patíbulo el 1o. de Mayo de 1820 en la prisión de Newgate (London-City), fecha que es, al decir de A. Labriola, "el verdadero Primero de Mayo del socialismo europeo".

Con el asesinato de los principales teóricos del espencianismo éste dejó de existir, pero no tardó en resurgir, bajo un nuevo aspecto, pocos años después. En el "cartismo" se produce su renacimiento.

PRIMER PROPOSITO DE HUELGA GENERAL POR LAS OCHO HORAS: INGLATERRA 1833-1834

No ha sido en los Estados Unidos de Norte América donde se produjo en realidad el primer movimiento por la implantación de las ocho horas. Fué en Inglaterra y durante el periodo del "cartismo" que tuvo lugar una intensa agitación con ese fin. La propaganda en tal sentido empeñáronla las organizaciones constituyentes de la "Unión general de las clases productoras" en momentos en que reinaba una gran efervescencia entre los trabajadores y se manifestaba una tendencia marcadísima al tradeunionismo, al punto que en pocas semanas la "Unión" —dicen B. y S. Webb en su "Historia del tradeunionismo" — alcanzó a reunir medio millón de afiliados. Esa fiebre de organización que los trabajadores demostraban se tradujo en sublevaciones de campesinos en los condados del Sud (1829-1830) contra los grandes terratenientes, destrozo de máquinas e incendio de parvas. La revuelta de los campesinos fué ahogada en sangre por las tropas y más de 1.000 que habían sido hechos prisioneros fueron juzgados por cortes.

En diciembre de 1833 una gran Unión — la de los sastres de Londres — declaró la huelga para obtener la disminución de la jornada de trabajo, huelga en que intervinieron 20.000 obreros.

Por su parte, los trabajadores de las hilanderías de algodón decidían la realización de una huelga general para el 1o. de marzo de 1834 para conquistar las ocho horas, debiendo reclamarse que esa jornada y los salarios semanales por semana de sesenta y nueve horas fueran los salarios mínimos correspondientes a una semana de cuarenta y ocho horas, vale decir: establecían el principio de la reducción de la jornada de trabajo sin que se produjera merma alguna en el monto de los salarios.

Cabe hacer notar asimismo que los ideales que sustentaba la clase obrera inglesa no se limitaban a la obtención de las ocho horas: aspiraban a transformar completamente la sociedad y a organizar la producción. Para ello eran vanos, afirmaban sus más significados voceros, los programas políticos y vanas las esperanzas en los diputados. Era preciso que la clase obrera gestionara por sí misma todos sus asuntos.

Empero, la reacción patronal y gubernamental, que se hizo más violenta, obligó a postergar el movimiento de los algodoneros para el 2 de junio, luego para el 1o. de septiembre y, finalmente, no se realizó. El patronato encontró en el gobierno el apoyo suficiente para vencer a la "Unión general de las clases productoras". La represión continuó por algún tiempo con carácter violento; las actividades de la vigorosa organización naciente parecían destinadas a interrumpirse por largo tiempo, pero una condena excesiva contra seis jornaleros agrícolas de Dorchester (1834) excitó los ánimos obreros y una grandiosa manifestación en que intervinieron 100.000 trabajadores fué organizada por la "Unión general" en demostración de protesta. Todas las uniones de Londres respondieron al llamado.

Las primeras exteriorizaciones de la organización obrera en Inglaterra, como se ve, tuvieron un sello característico y se distinguieron por su vigor. Su más serio esfuerzo lo hizo en favor del acortamiento de la jornada de trabajo y del movimiento de 1833 - 1834 puede decirse que arranca la lucha de los trabajadores por la jornada de ocho horas, lucha que asumió formas diversas y tuvo distintos grados de intensidad.

La brutal reacción que capitalismo y gobierno desencadenaron contra la joven organización obrera inglesa detuvo momentáneamente su avance, influyendo también en la nueva orientación que tomó al resurgir en el tradeunionismo corporativista pocos años después. Bajo este aspecto, el movimiento obrero inglés alcanzó mucha eficacia en los esfuerzos constantes que realizó para mejorar las condiciones morales y materiales de la clase obrera. Las grandes luchas del trabajo de que es a menudo teatro Inglaterra demuestran, por otra parte, que el largo período de corporativismo no ha sido tan infructuoso como se cree generalmente: ha hecho obra constructiva dentro de un círculo aparentemente estrecho pero sin aminorar los anhelos de ulterior emancipación que son el nervio de toda la múltiple actividad revolucionaria de la clase obrera.

EFECTIVIDAD DE LAS OCHO HOHAS OTROS ANTECEDENTES

En su "Historia del 1o. de Mayo" consigna Gabriel Deville que en 1856 (abril 21) tuvo por primera vez aplicación efectiva la jornada de ocho horas. Fué en colonia Victoria (Australia) donde se produjo el hecho. Y desde ese día, la fecha del 21 de abril conmemoráronla los trabajadores de colonia Victoria haciendo abandono del trabajo. Poco tiempo después, los obreros de Melbourne siguieron ese ejemplo y el 21 de abril se convirtió en un día de descanso conmemorativo.

La noticia de haberse hecho efectivas las ocho horas en Australia llegó a los Estados Unidos de Norte América algunos años después, circunstancia que acrecentó en los obreros norteamericanos el deseo de acortar las por demás largas jornadas de labor vigentes, en cuyo sentido ya habían hecho cierta agitación y realizado diversos actos. Para formalizar ese propósito se emprendió una activa campaña, destacándose durante ella los obreros de origen alemán e inglés, muchos de estos últimos descendientes de los "cartistas" que se habían refugiado en Norte América para eludir las persecuciones de que eran víctimas en Inglaterra. Dicha campaña de agitación tenía por objeto predisponer la "opinión pública" en favor de aquel objetivo y obtener que el gobierno hiciera sancionar una ley fijando en ocho horas la jornada de trabajo. En esa forma y con tal carácter la propaganda continuó, estérilmente, por espacio de veinte años.

Ya existía, por entonces, entre los obreros de origen alemán residentes en Norte América la costumbre — dice Gabriel Deville — de holgar el primer lunes de septiembre de cada año, fecha elegida por simples razones climatéricas. Al principio, se consagraba ese día exclusivamente a diversiones y excursiones campestres: más tarde, una parte del "Labor day" ("Día de los trabajadores") — que así se le designaba —, "se reservó para la propaganda en favor de la organización obrera", comenzando desde entonces a participar de él trabajadores de todas las nacionalidades.

LA LUCHA POR LAS OCHO HORAS EN NORTE AMERICA

Veinte años esperaron inútilmente los trabajadores norteamericanos que los parlamentos sancionaran la jornada "legal" de ocho horas, al cabo de los cuales decidieron — en la cuarta convención de la "Federated Trades", octubre de 1884 — organizar una vasta campaña de agitación, que culminaría en una huelga general el 1o. de Mayo de 1886, para imponer por la fuerza de su unión las ocho horas como jornada máxima de trabajo. Se admite que la elección de esa fecha respondía al hecho de que en ella comenzaban y terminaban los contratos de toda índole. Entendían así quitar a los capitalistas la posibilidad de pretextar que no podían acordar las ocho horas por haber cerrado contratos a un precio determinado.

El 1o. de Mayo, pues, no fué elegido como día de esparcimiento, sino para iniciar una acción de conquista.

En 1885 la convención de la "Federated Trades" ratificó el acuerdo anterior, resolviendo, asimismo, que no se reclamaría aumento en los salarios. Esta convención o congreso tuvo lugar en Wáshington.

Aplicando las resoluciones mencionadas, se realizaron una enorme cantidad de mítines propiciando las ocho horas, demostrándose, al mismo tiempo, por todos los medios de propaganda imaginables, la necesidad de empeñar la acción simultánea cuando llegara el momento de hacer prácticas las decisiones concernientes a la reclamación fundamental susodicha. Como consecuencia de esa actividad febril desarrollada incansablemente durante dos años, el 1o. de Mayo de 1886 estallaron grandes huelgas, calculándose en 5.000 el número de ellas. A partir de ese día, 125.000 obreros disfrutaron de las ocho horas y al cabo de un mes eran 200.000. Mediante su acción unísona obtenían en un mes lo que habían esperado vanamente por espacio de veinte años del gobierno.

Vinieron luego los trágicos sucesos de Chicago y la condena a muerte de cinco destacados militantes revolucionarios. Cuatro de éstos fueron ahorcados el 11 de noviembre de 1887; uno se suicidó la víspera de la ejecución.

Una bárbara represión se desencadenó, siguiendo a la valiente y audaz acción del 1o. de Mayo de 1886 cuatro años de interrupción en la lucha por las ocho horas.

En ese mismo año se fundó la Federación Americana del Trabajo mediante la fusión de la "Federated Trades" con otras organizaciones. Esta entidad, al año de existencia (1887, convención de Baltimore) recomendó la celebración del "Labor day" del primer lunes de septiembre, y en la subsiguiente convención (San Luis, 1888), resolvió llevar un nuevo ataque al capitalismo para arrancarle las ocho horas. Como en el vasto movimiento inmediatamente anterior, fijóse un plazo de dos años para preparar la acción, que se empeñaría esta vez en forma parcial: los obreros de una o dos industrias en primer término; conseguidas las ocho horas por éstos, los de otras industrias entrarían en acción, y así sucesivamente. Se trataba de imponerla escalonadamente en las industrias donde aun no regía.

SE ELIGE EL 1o. DE MAYO COMO DIA DEL TRABAJO

En Francia diversos congresos obreros formularon reivindicaciones varias que debían plantearse a los poderes públicos, entre las que se incluía las ocho horas. Uno de estos congresos (Burdeos, 28 de octubre 4 de noviembre, año 1888), acordó elevar simultáneamente, el 10 de febrero de 1889, a las prefecturas y subprefecturas un petitorio que contenía cuatro reivindicaciones esenciales, figurando en primer término las ocho horas. La respuesta a ese petitorio debían pasar a recogerla, a una hora determinada del día 24 de febrero — aniversario de la revolución del 48 —, las mismas comisiones obreras que lo habían entregado.

Posteriormente (14 - 24 de junio de 1889) el congreso socialista de París resolvía, adhiriéndose a los propósitos expresados en la forma referida por las organizaciones obreras, propiciar una manifestación internacional para reclamar de los poderes públicos las ocho horas, sin establecer que sería periódica. Tampoco se determinaba fecha en el proyecto de resolución. La fecha se determinó al discutirse el principio de la manifestación universal, añadiéndose al proyecto de resolución un párrafo concebido en estos términos:

"En atención a que una manifestación semejante ha sido ya acordada para el 1o. de Mayo de 1890 por la American Federation of Labor en su congreso de diciembre de 1888, celebrado en San Luis, queda adoptada esta fecha para la manifestación internacional."

El objeto era realmente idéntico; no así los medios a emplearse para lograrlo. Mientras los trabajadores norteamericanos iniciarían el 1o. de Mayo de 1890 una acción de conquista directa por medio de la huelga si la reivindicación de las ocho horas no era acordada por los capitalistas, el congreso socialista de París preconizaba la realización de manifestaciones para peticionarla a los poderes públicos.

La periodicidad del 1o. de Mayo y su carácter de manifestación internacional única del proletariado lo auspició el congreso socialista de Bruselas del año 1891 (agosto 22). En realidad, este congreso no hizo sino establecer el día fijo, inspirándose seguramente en los diversos antecedentes que hemos enunciado y en la costumbre más o menos generalizada en distintos países de holgar un determinado día del año con fines y respondiendo a diversos objetivos.

De los antecedentes sintéticamente expuestos relacionados con la paralización anual del trabajo en un día determinado que efectúa universalmente el proletariado se infiere que es en cierto modo temerario pretender determinar con exactitud los verdaderos orígenes del 1o. de Mayo. Lo que resulta evidente es que a través de infinitos acontecimientos obreros coincidentes ha ido tomando cuerpo y concretándose el propósito de interrumpir las labores durante un día de cada año: al comienzo, con fines de esparcimiento y también para romper con la costumbre de holgar únicamente en los días consagrados; después, para festejar conquistas realizadas; luego, para iniciar acciones reivindicatorias, como así ocurrió con las huelgas realizadas en Norte América (1886 y 1890) y la de Francia en 1906, entre otras muchas; en los tres casos citados, el objetivo inmediato lo constituían las ocho horas.

Hoy tiene un carácter más o menos concreto, aunque vario. En efecto, en el 1o. de Mayo se realizan manifestaciones de diversa índole, según los países, pero todas ellas, en el fondo, tienen un significado simbólico que aparece claramente: exteriorizar las inextinguibles ansias de emancipación que alienta el proletariado, revistar sus fuerzas sindicales y justipreciar el grado de desarrollo de su capacidad creadora.

---

plina burguesa-capitalista por la dirección inteligente de los trabajadores técnica y moralmente capacitados.

La Rusia Maximalista constata mejor que todo prácticamente, que le sobra poder político, pero en cambio carece de un poder y fuerza técnico-económica, factores imprescindibles para la estabilidad de la revolución. Preparemos esa capacidad, esforcémonos a conseguir que si los hechos no se precipitan, que cada obrero comprenda estas cosas y se disponga a dedicar energías al movimiento sindical con toda la fe que debe caracterizar a un militante obrero y amante de la revolución.

El momento no es de hacer idealismo; exige acción, combatividad, sacrificio y no tener en cuenta a los que nada hacen pero mucho critican. Mirarnos como obreros conscientes, considerarnos con honra hijos del trabajo, mancomunando todos los esfuerzos, en la acción diaria, revolucionando el taller; luchar enérgicamente por la unificación del proletariado, que significa acelerar nuestra revolución, augurando que el futuro Primero de Mayo demostraremos con una mayor capacidad y con un espíritu de sacrificio superior, que la organización obrera de ayer compuesta, según los burgueses, por caudillos extranjeros y agitadores profesionales, debe ser la forma social que ha de suplantar en todas sus fases al sistema capitalista, como consecuencia lógica de su poder histórico transformador, siendo el proletariado la clase útil, productora y dueña natural de toda la riqueza social.

¡HOY!

Es el día de los obreros, de los hombres que en el campo, en los talleres, fábricas y usinas, sobre el mar, en los buques y en las minas, trabajan siempre para los amos.

¡Sin tener nada!

Hoy es el día de los productores que demuestran con la huelga universal, su condición de tales al mundo capitalista que los contempla.

Y hoy porque falta el brazo creador del proletario, enmudecen las máquinas y en los campos inmensos no tiran del arado las yuntas, símbolos vivientes del trabajo creador y bueno.

No golpeará, no, el pilón grandioso sobre el candente hierro, ni el buril de acero grabará el metal. Sólo un coro de miles de voces se elevará, atronando el espacio como un trueno presagiador de una cercana tormenta.

Y el alma de la revolución hecha banderas, arrastrará tras de ella las heroicas multitudes, que en la unión y la solidaridad de clases buscan la libertad acariciada desde hace siglos.

Y la burguesía ladrona, sin autos, sin sirvientes y sin esclavos, arrinconada en "sus" palacios, sentirá vibrar en su corazón inmundo el odio formidable de la impotencia, y el coro proletario, como una piedra vengadora rebotando en los cristales de sus fincas, le anunciará el pronto cese de su haraganería criminal.

Hoy es nuestro día, compañeros.

Mañana en el taller, en el barco y en los campos, pensemos, como hoy, que somos nosotros la vida misma y que sin nosotros no se mueve ni un grano de arena sobre la tierra.

Y sintámonos orgullosos de ser obreros, porque hoy demostramos al mundo que nadie es más sabio, ni más inteligente ni más superior que nosotros.

¡Eh! que levanten palacios los arquitectos!

¡Eh, que amasen pan los doctores!

¡Que labren la tierra los diputados!

¡Cuánto valemos!

Y, sin embargo, cuántos obreros creen en los sabios, en los poetas, en los doctores en "derecho", en los saltimbanquis de la política...

Propaguemos la unión de nuestras fuerzas y digamos a nuestros hermanos que abandonan el trabajo que hay que organizarse y disciplinarse para la conquista del taller y del mundo.

Hoy es el día nuestro, es el día de la huelga, que enseña más que todos los discursos parlamentarios y que todos los libros de sociología.

¡No nos van a reemplazar en nuestras tareas ni los sabios ni los parásitos!

¡Pierdan cuidado, obreros!

Nos desprecian, pero... comen el pan que amasamos!

¡Vivan los productores!

¡Viva la F. O. R. A.!

Augusto PELLEGRINI.

Federación Obrera Local

1º DE MAYO

dos grandes mítines

La Federación Obrera Local de Buenos Aires conmemorará con dos grandes mítines la fecha del 1o. de Mayo.

Se realizaran el día 1.º de Mayo a las 9 horas en el Salón "Augusteo" SARMIENTO 1374,

donde harán uso de la palabra los compañeros

B. SENRA PACHECO, JOSE MONTESANO Y T. SENTI

Salón "Verdi", ALMIRANTE BROWN 736 (Boca),

donde hablarán los compañeros

LUIS LOTITO Y HERMENEGILDO ROSALES

COMIENZOS DE LA DISOLUCION DE UN RÉGIMEN

EL SINTOMA EN LAS CLASES MEDIAS

Por TESEO ANDINO

La decadencia de un sistema social se manifiesta por el descontento de las clases inferiores, que se traduce en luchas cada vez mejor ordenadas y en la organización de sus fuerzas en entidades de propia creación.

Las asambleas cristianas que constituían las congregaciones, más tarde convertidas en iglesias, en los tiempos de Roma; la formación de los burgos amurallados en la edad media, en donde se reunían los comerciantes y artesanos para defenderse de la opresión feudal; la creación de las comunas en la era moderna, que fueron desarrollando el nuevo poder de la burguesía, que tomó después el aspecto nacional en la asamblea que substituyó a los estados generales, son antecedentes que ilustran sobre el particular.

A medida que la decadencia crece, el descontento aumenta su nivel y pasa de las clases más pobres a otras de condición superior o clases medias.

En la lucha de clases actual se ha producido esta alza de nivel en una forma vertiginosa en los últimos años, siendo su causa circunstancial la guerra, con los agravantes de la crisis interna del capitalismo.

Las clases auxiliares de la burguesía, que estaban sintiendo un malestar creciente, se encontraron ante una situación espantosa, viéndose convertidas en hambrientos como lo eran los obreros con antelación a los últimos trastornos europeos.

Conviene entonces ocuparse de este fenómeno importante que señala un período más agudo de la incapacidad del régimen actual para resolver sus dificultades internas. Para esto hay que preguntarse: ¿cómo es que la burguesía ha descuidado a las clases próximas que la sostenían y auxiliaban? ¿Por qué abandonó a su propia suerte a los trabajadores intelectuales que tan fielmente la servían?

De muchas maneras podría responderse, pero lo vamos a hacer en la forma más precisa y concreta que sea posible.

Ante todo, creemos que el capitalismo no dió ninguna importancia a los trabajadores de la inteligencia, porque no creyó que su rebelión pudiera hacerle daño. Habiéndose visto siempre servido fielmente, creyó que esto era un deber ineludible de esas clases subordinadas y secundarias. Así como no se preocupó nunca de aliviar la condición del proletariado, al que también creía servidor suyo por ley natural, mientras éste no le presentó situaciones de hecho, no tuvo en cuenta a aquéllos.

Tenía la garantía de su fidelidad en los años de adhesión a su causa, que propagaba y defendía. Siendo los defensores de la causa burguesa, ¿podía esperar una sublevación? No lo creyó posible el capitalismo, ni digno de una clase superior. La lucha obrera se la explicaban en la prensa y en la cátedra a los burgueses los mismos miembros de la clase media, como una expresión de incultura e incapacidad, explotada por profesionales mal intencionados, interesados en fomentar el descontento

En esa convicción, no podía esperar que los trabajadores ilustrados cometieran el acto imperdonable de recurrir a reclamos propios de las clases ordinarias, ni podía creer eso sin inferir agravios a tan dignos servidores.

El descontento, por otra parte, no tomaba una forma práctica. La exquisita educación hacía tan corteses y tenues los síntomas, que pasaban inadvertidos. Todo se reducía a artículos en los diarios exponiendo conceptos, que eran prontamente contestados con la misma educación y elevados conceptos con que habían sido expuestos en los mismos diarios y revistas. Explicaciones recíprocas de dificultades que dejaban las cosas en el mismo lugar.

Cuando el mal apretó más, se arriesgaron peticiones suscriptas por minorías, que quedaban en el mismo concepto que aquellos profesionales mal intencionados que perturbaban la vida tranquila del obrero. La mayoría no se rebajaba a exponer sus miserias, empeñados, por el contrario, en recubrirlas vistosamente y con buen gusto por un esplendor ficticio, sin el cual en el medio burgués cualquiera es persona al agua.

Los trámites se reducían a cuestiones de forma, y buscando la mejor, se perdían las energías y se disolvían las iniciativas.

Se pensó en la unión, en organizar las profesiones superiores, pero se le dió a los organismos creados el mismo carácter de media tinta, rechazando la idea de lucha para la defensa.

La burguesía y el estado nada podían temer y dejó seguir los trámites sin más preocupación que la de atenderlos algunas veces deferentemente.

Entretanto, la economía capitalista seguía su curso ascendente por las vías del encarecimiento, agravada por la crisis de la guerra, que puso al desnudo situaciones que en vano se trataba de ocultar.

El proletariado manual se defendía desesperadamente con la huelga, consiguiendo notables ventajas que neutralizaban en gran parte los efectos desastrosos de la crisis; la burguesía se resarcía ampliamente con la especulación, llegando a hacer negocios leoninos, y mientras las dos grandes entidades sociales se colocaban en situación mejor, la clase media recibía de rebote los golpes de la lucha, sin poder desviarlos por falta de carácter.

No querían ser obreros ni podían ser burgueses, y en esa situación ambigua permanecían en un plano que seguía siendo el mismo, si no inferior, mientras los otros estratos sociales elevaban su nivel.

La proletarización de la pequeña burguesía, prevista por Marx, se produjo en la última crisis en una forma brusca, y sus miembros se encontraron materialmente proletarios y espiritualmente burgueses.

La disolución de las clases medias es un hecho en realización y fracciones apreciables de las mismas, comprendiéndolo así, ya no tienen reparo en proclamar su guerra santa contra los viejos amos.

Su situación material de pobres va produciendo el estado espiritual correspondiente, y aunque no con la unanimidad debida, dando su grito de alarma. El naufragio de su condición elevada es un hecho y se comienza a luchar contra los elementos que invaden la cubierta del azotado bajel. Su hundimiento obligará a la tripulación y al pasaje a pedir auxilio al proletariado o a la burguesía. Pero ésta no admite fácilmente en su paquete lujoso a los que están por perecer. La ley de Darwin, creada en mala hora por los inexpertos servidores, les dice que el débil debe perecer para dejar lugar a la selección de los mejores; que en el banquete capitalista no hay más puesto y que ellos no comparten el pan porque sería fomentar la mendicidad.

¿Quién recogerá a los náufragos? Los que comparten las penas y la miseria, los que saben partir el pan en dos o en cuatro, sin sentir mayormente la escasez por la fuerza del hábito.

Vendrán con nosotros los obreros, que los recibiremos con los brazos abiertos, a los que vengan despojados de su vieja alma capitalista; a los que vienen renovados a este mundo nuevo en formación, como hermanos y como iguales, sin mañas ni superioridades presuntuosas.

El naufragio será para ellos el Jordán donde se purificarán de los errores.

La clase rica pierde el tributo cuantioso de ese elemento de conservación, que no ha sabido ni podido conservar, porque no es una cuestión de voluntad ya, sino de capacidad. La burguesía, por mantenerse a flote y no perder privilegios, considera un lastre a las clases subsidiarias. Cree que más liviana la barca, afrontará el temporal; pero como la acción se resolverá por abordaje, su situación privilegiada no será muy duradera.

También ellos tomarán a su turno el baño purificador y dejarán de ser burgueses para ser hermanos, pasando a la nueva era donde rige para todos los hábiles, expresada tan sintéticamente: el que no trabaja no come.

Así se habrá operado el pasaje de la humanidad de su prehistoria de barbarie económica y social al período de historia consciente, donde los factores económicos no jueguen con nuestra existencia, sino que el hombre, llegado a la plenitud de sus facultades, gobierne a los hechos económicos, subordinándolos a sus necesidades.

Moscú en el 1º de Mayo de 1920

No hay nadie en las oficinas. Todo el mundo se dedica al trabajo del sábado comunista, el trabajo del 1o. de Mayo. Tres horas estuvimos esperando en la estación Nicolás, mirando a las muchachas, ocupadas en limpiar la vía del ferrocarril y los coches, siempre sonriendo durante el trabajo. Algunas de las muchachas están vestidas de pana y llevan tocas rusas de buen género, guantes y tienen las uñas bien cuidadas. Están removiendo los escombros de la estación del ferrocarril. Un trabajo no muy agradable, pero ellas lo hacen con gusto. Estuve observando a las muchachas cerca de un hora, muchas de ellas simpáticas, con las mejillas coloradas. Jadeantes empujan un coche lleno de desperdicios. Una de ellas lleva una flor roja en su cabello negro y un cinturón colorado alrededor de la blusa de terciopelo. Otra está barriendo los escalones y la entrada a la estación. Lleva un tapado de piel. Muchos pensamientos me vinieron a la mente, como, por ejemplo, el del perfumado Dique del Príncipe Elector de Berlín, esa calle de Sodoma, ese podrido pavimento de asfalto en que muchas mujeres arruinan todas sus posibilidades de vivir.

El trabajo del sábado comunista, y el trabajo del domingo comunista, es más bien un trabajo de educación y de propaganda que no un trabajo de verdadera realización. Es, sin embargo, un trabajo en común con otros y no aquella haraganería insolente del Dique del Príncipe Elector de Berlín. Y a veces también se realiza un verdadero trabajo. Cuando volvía por la misma calle vi cientos de coches de ferrocarril adornados con emblemas elogiosos. Estos emblemas hacían el elogio del trabajo comunista llevado a cabo el 1o. de mayo en estos vagones.

Todo el mundo en Moscú trabajaba el 1o. de Mayo, todo aquel que no era un perro perezoso calificado o un saboteador convencido. Nuestro intérprete que ha ido al centro para ver a aquellas personas que podrían asignarnos habitaciones, nos dijo que había visto a Bujarin barriendo las calles. Lenín barrió uno de los patios del Kremlin el 1o. de Mayo. Sé que eso se hace simplemente con el propósito de demostración, lo se muy bien; pero jamás antes había demostraciones semejantes; ellas son demostraciones nuevas. Ninguna de las ociosas perfumadas del Dique del Príncipe Elector de Berlín habría tomado una escoba en sus manos o tocado la basura, ni aún con sus guantes. Y no obstante el bien barrido, liso, reluciente asfalto de Berlín es el portador de mucha corrupción.

Estuvimos sentados varias horas impacientes en los peldaños de la escalera de la estación Nicolás. Pasó frente a nosotros la delegación de una usina cantando la "Bandera Roja", la canción de la muerte por la revolución, de la muerte proletaria, la canción de la abnegación orgullosa. Tengo que decir algo más sobre esta canción más adelante. Cada niño la conoce y la canta. La delegación pasaba siempre cantando, y la canción marchaba con los hombres llevada por la bandera roja que ondulaba. Un hombre del ala izquierda de la columna marcaba el ritmo batiendo con las palmas de las manos. Todos tenían un aspecto serio. Autos con estrellas rojas en sus radiadores y con banderas rojas en el asiento del chauffeur se apresuraban para llegar al mitin. Por todas partes, en las plazas, en las gigantescas plazas de Moscú, en los patios de las fábricas, en salones se realizaban mítines ese día.

La ciudad estaba inundada de rojo. Banderas rojas, cintas rojas alrededor de las armas de blanco, banderas rojas en los muros. Nada más que rojo. Nos lanzamos en un carro motor, que volaba, a una de las casas del soviet. Muchedumbres de chicos pasan cantando; pero en lo demás la ciudad está silenciosa. Pues cada uno está dedicado al trabajo el día de fiesta.

Alfonso GOLDSCHMIDT.

(Traducción de M. Iarochesvski.)

LA OBRA DEL SINDICALISMO

Por SILVANO PRADO

La subordinación de una clase por otra ha sido el resultado de una era de larga evolución, que después de marchar oscilante tomaba un rumbo determinado, orientándose de acuerdo con las posibilidades del medio.

Generalmente, el nuevo equilibrio que iba formándose en el torbellino de los acontecimientos, encontrabá su eje en el núcleo de intereses representado por los grupos más activos y resueltos. Las clases espectantes ocupaban un segundo lugar y quedaban a merced de los que sabían organizarse y podían entenderse por la afinidad de objeto y la mejor comprensión de las cosas.

Clases ha habido que no han podido hacer sentir su influjo por falta de capacidad y condiciones; otras, por inercia, pues colocadas en un plano superior por sus propios privilegios no querían descender en medio de los tumultos de la revuelta, confiando en asalariados reclutados expresamente la defensa de sus altas posiciones.

Vemos, así, tres factores claramente diseñados, en medio de la multitud de aspectos de los sucesos sociales.

Es el caso de la lucha revolucionaria de Francia en el 89 y de los acontecimientos análogos que siguieron en América.

La nobleza, el clero y la monarquía, que representaban los intereses antiguos, se veía atacada, pero acostumbrada a la vida mundana, sentía repugnancia por la lucha y se alejaba de ella, entregando su defensa a terceros, que no lo hacían muy convencidos de la bondad de su obra; la clase activa y enérgica era la burguesa, que empujaba la revolución y aprovechaba de todas las fuerzas y situaciones favorables; la otra era la plebe, los proletarios que no tenían privilegios ni propiedad, pero que acosada por el malestar buscaba la lucha que la libertase, sin saberse dirigir, sin embargo de ser la más fuerte, y entregaba el caudal de sus energías a quien, mejor organizado, podía recibir su colosal tributo.

Se hizo la revolución y el proletariado acompañó a los vencedores en la guerra interna y externa, en calidad de fuerza que producía la victoria pero no aprovechaba de ella.

Destruída la nobleza y el clero, sus riquezas se las apropió la burguesía, quedando el proletariado tan miserablemente como antes. El privilegio adquirió nueva forma y se robusteció por la mejor organización que se había dado, haciendo sentir su peso sobre todos los desheredados, que se aprestaron a la reivindicación del fruto de sus esfuerzos.

Pero nuevamente buscó amos y directores a quienes entregar sus energías, y se enroló en las filas de los partidos liberales, republicanos, democráticos, por su incapacidad para organizarse por propia cuenta; mas, después de cada desengaño aprendía algo, hasta llegar a la convicción de que su emancipación sería obra de él mismo.

Cansado de ir errante en busca de amos y directores por el laberinto de la política; desconfiando de los redentores sociales que sólo buscaban su apoyo para crear situaciones personales y vencer a sus rivales, pensó en constituirse como clase independiente de toda fracción burguesa.

Iniciése así la era sindical con las incertezas de todo comienzo, y andando andando, fué clarificando su conciencia, creando la capacidad que le faltaba, formando sus cuadros y entrelazándolos recíprocamente. La propia lucha le enseñaba lo que no sabía. La acción fué la escuela de su capacidad y de su seno salieron los que habían de ejecutar la tarea de dirección. No fué ésta una cosa exterior sino interna, formándose así la capacidad sin entregar las fuerzas propias a factores ajenos.

La incapacidad y la ignorancia fueron desapareciendo, reemplazada eficazmente por los nuevos valores que se elaboraban en su seno.

No pidió leyes a poderes extraños para que rigieran la vida del mecanismo industrial; desde su nuevo poder, el Sindicato, dictó las leyes del trabajo que sancionó en sus asambleas y fué implantándolas con sus propias fuerzas, por medio de la lucha.

Un nuevo estado se levantó frente a los poderes burgueses, que llegó a tratar de igual a igual, respetándose mutuamente en la medida de la potencia de cada uno.

El obrero tímido, incapaz de presentarse a hacer oir su queja, fué capacitándose de tal forma, que hoy impone la ley en el trabajo. No sólo presenta queja, sino que tiene sus delegados con atribuciones para intervenir en la marcha de la empresa o de la fábrica.

El ejercicio de la acción sindical ha puesto al proletariado en un plano superior, desde el cual domina en parte la vida de la sociedad. Le dió personalidad, derechos y bienestar y le augura mayores ventajas a medida que sigue operándose el proceso de su desarrollo, cada vez más extensas y completas.

Y nos encontramos hoy ante un momento decisivo de la historia, análogo al del 89. La clase vieja, que se ha ido encontrando envuelta en problemas profundos que no puede resolver, se va incapacitando cada vez más, mientras el poder del Sindicalismo aumenta notablemente y los obreros se hacen estudiosos, expertos, activos y batalladores, acosando a los dominadores de ayer que comienzan a sentirse vencidos y que pronto tendrán que rendirse ante la potencia organizada de la clase productora.

Esa es la obra del Sindicalismo: crear la clase con su estado social nuevo formado sobre el plano de la vida industrial; darle conciencia de sus virtudes y su poder, sacándolo de la inercia y de la errónea creencia difundida por el capitalismo de que el proletariado era una clase condenada por leyes ineludibles a estar supeditada a él, señalado por la ciencia como el supremo director; constituir la nueva ciencia, la moral reivindicadora, que proclama todo lo contrario de la ciencia burguesa y formar la moral guerrera de los productores, para que sigan batiendo en brecha al enemigo hasta anularlo del mundo de la producción, donde solo tiene hoy el papel de explotador.

La revolución que lleva en germen el Sindicalismo se ha hecho sentir en todos los ámbitos de la tierra y todo se transforma a su influjo. La misma ciencia, las mismas instituciones que sirvieron a la burguesía, como la escuela y la universidad, se sienten conmovidas por la nueva concepción inmaculada de la era de redención.

La etapa recorrida es más de la mitad del camino. Los últimos tramos de la ascensión serán los más difíciles, pero todo nos lleva a la convicción del triunfo, porque los bríos se retemplan y el avance es cada vez más firme en la línea general.

Si en un sector se debilita en diez se consolida, y por cada soldado que cae se incorporan cien nuevos.

La emancipación del proletariado será un hecho, por la virtud de su acción desarrollada bajo la inspiración del Sindicalismo revolucionario.

EL CAPITALISMO

El capitalismo no es un principio técnico de la producción, o, en otros términos, no es una institución sólida del progreso continuo del maquinismo, de modo que uno y otro guardaran siempre, en todos los momentos, relación íntima. Sostener esa tesis sería justificar el capitalismo, y, en consecuencia, condenar la revolución obrera, que persigue, entre otros propósitos morales y políticos, en un sentido marxista, propósitos económicos; es decir, cambiar la forma económica impuesta por el capitalismo por una forma económica sindicalista, lo que se realizaría substituyendo la dirección de los patrones por la de los sindicatos obreros, competente y morales para organizar y dirigir la producción en servicio de la colectividad productora.

No se nos oculta la dificultad de la tarea al pretender describir teóricamente el significado verdadero del capitalismo, pues éste es una forma de actividad económica y de vida impuestas por una clase al resto de la colectividad; su modismo y condiciones en el trabajo social.

El capitalismo es la forma económica que tiene por objeto usufructuar la tierra y los medios de producción en beneficio de la clase que los posee. El capitalismo tiene su gobierno propio en el trabajo, con todas las facultades autoritarias necesarias para fijar las condiciones en el trabajo: jerarquía, reglamentación, retribución y penas, y con todos los resortes políticos que le da el Estado, y otros recursos morales (¡) que le facilitan la educación burguesa, la prensa ,la iglesia, etc., para mantener a la clase asalariada en condiciones que le reporte siempre seguridad, ventajas y utilidades a la forma económica capitalista actual.

La clase asalariada se encuentra siempre en presencia de este dilema: no trabajar, lo que importa morirse de hambre, o trabajar en las condiciones impuestas por el capitalismo. De modo que éste es dueño exclusivo de los condiciones de vida: económicas, morales e intelectuales del proletariado.

Para hacernos comprender necesitamos pedirle al lector que dirija su vista al campo de actividad productiva y procure observar la manera de funcionar de la institución patronal: en el taller, la fábrica, etc.

Lo que caracteriza al capitalismo es una forma económica por la cual una clase (la patronal) necesita tener sometida a la otra (la asalariada) en ciertas condiciones de vida en el trabajo, para que él pueda recoger utilidades y ganancias. Las condiciones de vida a que se ve sometida la clase asalariada no son impuestas por exigencias de la técnica sino por el medio económico capitalista.

La institución patronal y el Estado han sido útiles y necesarios en los comienzos del industrialismo. El pueblo dispersado, sin disciplina, ignorante, ha necesitado de una dirección capaz y fuerte para llamarlo a las condiciones de vida ordenada e instruída que iba exigiendo el progreso industrial. Esa vida que solicitaban, el gobierno en la sociedad y el patrón en el taller, era establecida en intereses comunes; queremos decir que la cooperación de todos era necesaria y sus resultados tenían un significado común.

Pero aquel medio social y político se ha ido cambiando a medida que el progreso de la técnica ha ido modificando las relaciones sociales en el trabajo, y ya puede decirse que hemos llegado a las condiciones en que aquella dirección y disciplina impuestas desde arriba se ha reemplazado por otra espontánea y libre, debido a una competencia y educación en la clase asalariada. Esta transformación en la vida del trabajo ha venido aplantear el problema social. Ha formado las dos clases: la patronal y la asalariada ,pero aquel progreso ha traído un antagonismo irreductible entre los patrones, que quieren organizar y dirigir el trabajo desde su punto de vista, y la clase trabajadora, que se siente ya apta para dirigirse a si misma y aspira a intervenir en la dirección y organización del trabajo.

Mientras la técnica de la producción ha progresado en condiciones de colocarla a tal punto que la clase capitalista, de acuerdo con la clase gobernante, se esfuerza continuamente en abrir nuevos mercados para dar salida a su abundantísima producción, y la clase asalariada se ha visto obligada, por la forma económica capitalista, a aglomerarse en las capitales, a organizarse, a instruirse, en una palabra: ha experimentado también gran progreso; y el capitalismo, es decir, la dirección y organización del trabajo a base patronal, continúa siendo la misma que cuando la producción permitía, exigía la dirección patronal, pues ésta satisfacía perfectamente las necesidades de la técnica y del consumo; pero los trabajadores han llegado a tales condiciones que la dirección patronal no sólo dificulta el progreso de la técnica industrial, sino que ha creado el problema social, con todas sus crisis periódicas, paros forzosos, miserias, emigraciones en masas, alcoholismo ,militarismo, etc., etc. Y así, todo pensador desinteresado puede notar que la institución patronal y estatal están en contra de la colectividad con los progresos de la técnica y los adelantos intelectuales y morales que ha alcanzado el proletariado productor.

Es no conocer el mundo de la producción pretender el mantenimiento de la dirección patronal y estatal en el trabajo, sin comprender que es ella la única causante de las crisis periódicas, las guerras y la escasez.

Para que estos males que se trata de remediar con legislación social, mutualismos, y otras medidas inocuas, desaparezcan, tendría que realizarse una de estas dos cosas: o la supresión del industrialismo, lo que es un imposible, pues el progreso no se hace retroceder, o la supresión de la dirección de los patrones y de los gobernantes en la producción.

De aquí la necesidad de organizar y capacitar al proletariado productor para que, por medio de sus sindicatos, dirija y organice la producción, de acuerdo con los nuevos ejercicios de la técnica y las necesidades y aspiraciones de la colectividad.

El problema que debe conocer el obrero es el planteado por el industrialismo moderno con relación a las exigencias de la dirección patronal y estatal del trabajo. Y una vez conocido a fondo, comprenderá que la producción social se encuentra delante de este dilema: o sigue soportando los males y las perturbaciones que exige la dirección patronal y estata ldel trabajo social o excluye a esa forma económica y política anticuada, retrógrada, que dificulta la marcha de la humanidad y se da otra dirección y organización del trabajo de acuerdo con el progreso y la civilización.

La realidad económica pone de relieve la necesidad de que la forma capitalista en el trabajo tenga sometido y sujeto al pueblo asalariado, y cuanto más se perfecciona la forma de producción patronal, tanto más debe disciplinarse y esclavizarse el trabajo. La sumisión completa de éste es la dominación, el triunfo absoluto del capitalismo. Tan es exacto esto que cuando el capitalismo no puede por sí mismo imponerse en el mundo del trabajo se alía o se identifica con el Estado y ambos contribuyen a mantener las condiciones económico-sociales actuales. Y en ciertos países de Europa, el capitalismo ha cedido sus privilegios de dominador del trabajo al Estado y éste ha instituído al patrón en el mundo de la producción. A esto tiende el reformismo de los políticos: a que el Estado tome la dirección y organización del trabajo.

El capitalismo tuvo que vencer innumerables dificultades para entrar a dirigir la producción, y Marx, en "El Capital", expone todas las medidas y recursos de fuerza y de astucia en colaboración con el Estado para obligar al pueblo asalariado a plegarse a las axigencias de la forma de producción capitalista.

No debo terminar este artículo sin llamar la atención del lector sobre este hecho, que es la condenación del capitalismo: que éste huyé de la dirección del trabajo, del perfeccionamiento de la técnica, para hacerse comercial, usurario, financista. No sintiéndose ya con fuerzas suficientes para sostener la lucha que lleva el Sindicalismo revolucionario en el mismo campo de la producción, lo entrega a sociedades anónimas y a los gobiernos, y se hace financista especulador, agiotista, y desde el Estado, la Bolsa y los Bancos, donde se ha refugiado, pretende todavía seguir dirigiendo la técnica y la producción, no para perfeccionarlos sirviendo a la colectividad, sino para detener la primera y desnaturalizar la segunda con el objeto de asegurar a sus capitales pingües ganancias.

El capitalismo se va desterrando él mismo del campo de la producción.

La forma económica capitalista, que la dirijan los patrones o el Estado, es retrógrada, dañina al progreso y a la civilización, y, como lo ha dicho Engels, deberán pasar al museo histórico, al lado de la rueca y los instrumentos ya en desuso con que nació.

Un sindicalista.

Delegados de la F. O. R. A. para el 1º de Mayo

Han pedido delegados a la **F. O. R. A.** para intervenir en los actos conmemorativos del 1o. de Mayo de muchas localidades del interior.

La comisión nombrada con ese objeto por el Consejo ha tratado en todo lo posible de satisfacer los pedidos, encontrándose con la dificultad de que muchos compañeros con aptitudes para hacerlo no pudieron aceptar la designación por razones de trabajo, sobre todo los que eran destinados a poblaciones lejanas.

Se procurará dentro de lo posible de satisfacer los pedidos que no se han llenado todavía.

La lista es la que damos a continuación:

SAN JOSE DE LA ESQUINA, Daniel Lueyro.
SANTA LUCIA, Domingo Cereza Núñez.
CARMEN, Juan Dastugue.
SANTA TERESA, Carlos Ratti.
GENERAL LEVALLE, J. Pérez.
SALLIQUELO, Juan Linfonta.
CARMEN DE ARECO, José Barreiro.
ESPERANZA, José Paz.
CHACABUCO, Héctor Rivas.
IBICUY, Carlos Poggi.
SAMPACHO, Miguel Eguía.
CARLOS CASARES, Benjamín Semiza.
FIRMAT, Miguel Plaza.
BARTOLOME MITRE, Pérez Leirós.
SAN JOSE DE LA TINTA, José Franco.
NUEVE DE JULIO, Adolfo Martínez.
SALTO, M. Villanueva.
CAMPANA, Salvador Grillo.
BRAGADO, Agustín Traversa.
JUNIN, Ricardo Cotos.
BOLIVAR, Vicente Giani.
CHIVILCOY, Francisco Docal.
PERGAMINO, Giordano Bruno.
ROJAS, Ramón Fariña.
SAN PEDRO, Miguel Bruoio.
ARTEAGA, Francisco González.
TANDIL, F. Yegros Calcagno.
RIO CUARTO, Fortunato Cavalo.
QUEMU-QUEMU, Juan Oriolo.
RIVERA, Escolapio Tozzi.
GENERAL VIAMONTE, Carlos Filippa.
ZARATE, José Cambón.
DOCK SUD, Pascual Plexías.
LA PLATA, Luis Lotito.
BERISO, Luis Lotito.
TRES ARROYOS, Federico Balducci.
GUALEGUAYCHU, Félix Godoy.
VICTORIA, Silvano Santander.
CUENCA, Vicente Tilio.
SANTA FE, Emilio Mársico.
LAS FLORES, Antonio Ruiz.
CASILDA, Rodolfo Pongratz.

Técnica sindical

Por LEON CASTILLO

La acción del proletariado ha superado sus primeras fases de crítica. Vencidas las resistencias burguesas en los lugares de producción, ha tomado una intervención relativamente importante, por medio de sus delegados y sus disposiciones reglamentarias del trabajo.

El simple pliego de condiciones con cinco o diez cláusulas escuetas y esenciales no es suficiente ya. Los nuevos pliegos contienen a veces treinta y cincuenta artículos, completados algunos de ellos por una serie de incisos.

En otras ocasiones se han establecido reglamentos internos de fábricas que regían e interpretaban los pliegos de condiciones.

El sindicato ha dejado de ser un núcleo de propaganda destinado a su propia formación, para convertirse en un poder regulador de la producción.

El manejo de sí mismo es más complicado y los deberes contraídos con la nueva situación son más delicados Para su buen desempeño se requiere una forma menos dilatoria que la que se estilaba antes.

En otros tiempos, todo asunto pasaba a deliberación de asamblea. No había nota, por insignificante que fuese que no fuera sometido a su resolución. Actualmente esto es imposible en sindicatos numerosos que reciben en un día una correspondencia mayor que antes debía despachar en todo un mes.

La misma práctica ha ido dando facultades a las comisiones para atenderlas y despacharlas inmediatamente, porque esperar la deliberación de la asamblea era retardar los asuntos indefinidamente.

Así como con las cuestiones planteadas por correspondencia, sucede con una serie de hechos de otros órdenes.

La organización ha dejado de ser tan deliberativa como era para aparecer más ejecutiva. Someterlo todo a las asambleas, es entorpecerlas y embarazarlas de modo tal, que ellas no darían ningún fruto, y para hacerlas útiles y darles tiempo de resolver las cuestiones fundamentales, ha sido necesario librarlas de una serie de trámites secundarios.

Los sindicatos de reducido volumen siguen, naturalmente, el sistema primitivo, con suma facilidad y desenvoltura, principalmente los que tienen su asiento en poblaciones reducidas. Allí es posible realizar reuniones semanalmente y a diario, si el caso urge. Pero en los grandes sindicatos establecidos en las capitales, eso no es viable y sólo con el sistema nuevo es posible solventar la multitud de cuestiones que se presentan a cada instante.

El nuevo modo impuesto por las circunstancias se ha de ir acentuando cada día más. Las asambleas son muy deliberativas; en ellas se habla mucho y las cuestiones más sencillas hacen perder un tiempo precioso, que requieren los asuntos de importancia. Asambleas hay que deliberan dos o cuatro horas el detalle más nimio, a veces sin llegar a resultados prácticos.

Eso es lógico, dado que acuden a las mismas obreros que no conocen los asuntos en trámite. Se hace necesario informar ampliamente, hacer una serie de aclaraciones, y después de todo esto son muchos los que no quedan en posesión de lo que se somete a su deliberación. Comisiones hay que se esfuerzan todo lo humanamente posible por poner en conocimiento de todos lo que está en debate, chocando con la dificultad propia de las grandes aglomeraciones, dominadas generalmente por la impaciencia. Bajo la influencia de ella los asambleistas no razonan sino que pugnan por hacer prevalecer criterios erróneos; no discuten sino que disputan ofreciendo frecuentemente espectáculos nada edificantes.

Se observa, sin embargo, que basta a veces un compañero sereno y preparado para encarrilar las cosas más arduas a soluciones felices. Son éstos los que están compenetrados de la marcha del gremio y del sindicato, los que conocen las condiciones de los mismos y su espíritu, y saben salvar los obstáculos con tacto, encontrando la resolución que concuerda con la mayoría y también frecuentemente con la generalidad.

A éstos podríamos llamarlos los técnicos de la acción sindical, animados por la sana intención de hacer crecer la obra de la clase obrera organizada. Estos unen las voluntades, acercan a los contendientes y los llevan al terreno del entendimiento. Procediendo con habilidad y energía, hacen de la organización un conjunto homogéneo y unánime, ofreciendo al enemigo la falange disciplinada y compacta ante la cual las resistencias del capital tienen que capitular.

Pero sucede que contra ellos se levanta la calumnia burguesa, que encontrando eco en algunos obreros, anulan la obra de concordia y unidad realizada que saben encarnar, desanimándolos y desorientándolos.

Es preciso que los federados distingan entre la crítica sana que nace del mismo seno del proletariado, de la que tiene sello y procedencia burguesa. Esta última inutiliza a los buenos que hacen obra benéfica, produciendo el desbande que conviene a los fines del capital, el cual domina mejor cuando los obreros no se entienden y se encuentran confundidos.

Los federados debían procurar que fuesen estos técnicos de la organización los que ocupasen los puestos de responsabilidad, sin dejar de vigilarlos, estimulándolos y alentándolos cuando procedan bien, o no creándoles mala atmósfera, por lo menos, haciéndose eco de rumores propalados por el enemigo.

Con una dirección inteligente los sindicatos duplican sus fuerzas, elevando la moral de los luchadores, que es esencial en los trabajadores combatientes contra el inicuo sistema burgués.

En ellos deben depositar su fe y confianza para la mayor eficacia de la obra, y estando las entidades federadas inteligentemente dirigidas, descartadas las dudas y recelos que quebrantan las fibras de los mejores, podemos tener más confianza en la obra del porvenir.

La organización, a medida que ha ido creciendo ha necesitado de compañeros más aptos, y cada nuevo avance que el proletariado efectúe en el campo de la producción más necesarios se irán haciendo los hombres prácticos y ejecutivos, que con pocas palabras resuelvan asuntos que otros embrollan con discursos difusos.

Serán más necesarios los que en emergencias difíciles y en medio de la confusión, con una resolución certera aclaren y solventen los asuntos más delicados.

La producción regida por los obreros sindicados, va a requerir de nosotros aptitudes y condiciones que es necesario ir desarrollando en quienes revelen tenerlas en germen, en vez de apagarlas en una tempestad de murmuraciones.

Cuando hayamos fomentado y desarrollado las grandes cualidades que existen ocultas en el fondo de nuestros federados; cuando hayamos extraído del anónimo a la superficie de la vida los tesoros que encierra la clase obrera, como el minero extrae de las entrañas de la tierra el carbón y el metal; cuando veamos los productos morales del obrero salir a la luz y aplicarlos a las necesidades de nuestra causa, entonces seremos capaces de gobernar la producción y la sociedad, sin cadenas y sin amos.

SOBRE LA UNIFICACION

Teorías que se derrumban ante un hecho que se impone

JOSE A. SILVETTI

En Europa el proletariado está dividido. Unicamente Francia y Portugal constituyen una excepción al ofrecer el espectáculo de una sola organización nacional que cobija a todos los trabajadores. Fuera de esos dos países, el proletariado está dividido en tantos grupos como partidos políticos de importancia existen en la nación. Hay sindicatos para los católicos, para los socialistas, para los anarquistas, para todo grupo de importancia política, cualquiera que sea su color. El sindicato es el complemento obligado de todo partido, cuya importancia suele valorarse por la cantidad de trabajadores que moviliza para sus fines partidarios.

Con la mirada puesta en Europa, no faltan entre nosotros — son pocos afortunadamente — los que justifican la división del proletariado argentino, aduciendo las causas que en Europa alimentan la división.

Para razonar así es menester ajustarse por completo a una conveniencia política, o a un ciego fanatismo doctrinario, que impidan ver en las masas trabajadoras otra virtud que no sea la de servir de indispensable materia prima para los que se consideran artífices de mundos o que son explotadores de cualquier situación. Porque es pensando así que se considera a los trabajadores incapaces de obtener por sus esfuerzos la propia emancipación, y en ese caso deben seguir empujando la carreta de los que buenamente asumen su dirección.

De aquí parten las divisiones. Cada fracción se cree la mejor conductora y procura dar pruebas de ello arrastrando todo lo que puede del elemento proletaro. Y como son tantos los conductores... muchas son también las fracciones proletarias que sin contacto entre sí siguen distintos caminos y a veces rumbos opuestos.

En Europa, la unificación posiblemente ofrecería sus inconvenientes. En el proletariado de un mismo país hay mentalidades distintas trabajadas por el doctrinarismo de partidos y tendencias influyentes, que dieron como resultado concepciones de lucha diferentes y métodos antitéticos. Difícilmente se podrían amalgamar con éxito los sindicatos que admiten la lucha parlamentaria con los que la excluyen. Los métodos son tan opuestos que harían ilusoria una acción de conjunto. Cada fracción divulgaría sus métodos como los mejores, trataría de imponérselos al adversario, quien a su vez los desecharía por conceptuar los propios como inmejorables y acabaría en una reñida polémica todo lo empezado por un cándido propósito unificador.

El reciente intento de unificación del proletariado español nos ilustra a este respecto.

Los dos principales sectores del proletariado organizado anhelaban la unificación, pero ninguno de ellos se creía obligado a abdicar sus métodos. Los reformistas de la Unión ensalzaban el parlamentarismo, los revolucionarios de la Confederación fiaban en la acción directa. Y como la unión solo es factible en la uniformidad de los métodos aun cuando las concepciones difieran algo entre sí, los trabajadores españoles terminaron por ahogar sus propósitos unionistas en una lucha de enconos, epilogada a tiros en más de un caso, que ahondó más el abismo que siempre los mantuvo separados.

Para deducir del proletariado argentino una situación idéntica a la del europeo, es menester vivir con la cabeza en Europa para juzgar lo de aquí a través de lo que allí ocurre.

En esa situación absurda viven los que entre nosotros pretenden justificar la división del proletariado regional. Hablan como europeos recién llegados y nunca como trabajadores incorporados a nuestro movimiento obrero, cuyas características esenciales conociesen.

La división en nuestro país no es efecto de modalidades que diferencien un sector de otro. No hay una fracción obrera política frente a otra antipolítica. No hay la acción parlamentaria en contraposición a la acción directa. No hay partido político con el ascendiente necesario entre los trabajadores que le permita hacer de los sindicatos un dócil instrumento. Por lo general los sindicatos son independientes, viven en su propia vida y sólo mediante el engaño pueden alguna vez ceder a influencias que no emanen de su propio seno. Consciente y deliberadamente ninguna corporación obrera admite tutelajes. Las diferencias aparentes de un sector con relación al otro no emanan de actuaciones distintas — que sería el hecho importante que impediría la unificación —, sino de interpretaciones casi siempre subjetivas de los dados a las teorizaciones. Se trata de conclusiones diversas a que arriban los teóricos dedicados al estudio de un mismo hecho, pero que en nada afectan las características de nuestro movimiento obrero, características que son comunes a todos los bandos.

Esta es la pura verdad y su constatación está al alcance de los que honestamente quieran observar la actuación del proletariado argentino estúpidamente dividido en tres bandos.

El error en que haya podido incurrir un bando puede imputársele también al otro. Al fin los errores son inevitables en las luchas, y muchos de ellos se cometen por presión de circunstancias ajenas a la voluntad de los trabajadores interesados en obras sin equívocos. Mas el error es la excepción y solo la mala fe del observador puede considerarlo como un elemento de juicio.

El hecho fundamental innegable, nos dice que el proletariado de la región está perfectamente identificado en cuanto a los procedimientos de lucha que emplea contra el capitalismo. Esa identidad de métodos lo lleva a anticiparse a una realidad que sus respectivos organismos federales comienzan a oficializar. Son muchas ya las localidades del interior donde los trabajadores se han unido, no estorbándoles para la realización de ese hecho el pertenecer a sindicatos autónomos o a cualquiera de los adheridos a las **Foras**. Se unieron por la igualdad de sus intereses, para la defensa de los cuales eran coincidentes los métodos que unos y otros habían adoptado.

Bien pronto lo que empieza a señalarse en algunas localidades se extenderá a toda la república, haciendo de las varias fracicones un solo bloque proletario.

Obrando así, los trabajadores demostrarán una vez más que ellos entienden y practican mejor la defensa de sus intereses que todos aquellos que viven en su seno, pero con la cabeza en Europa, cuando no dentro de sus intereses particulares.

Y habrán hecho una obra superior a los ociosos que invierten su tiempo en descubrir si éste o aquél movimiento, **si tal o cual actitud corresponde al anarquismo o al parlamentarismo.**

MEMORIA DE LA F.O.R.A.

La memoria presentada por el Consejo de la F.O.R.A. al congreso de La Plata se halla en venta al precio de 50 centavos el ejemplar.

Es un volumen de gran formato conteniendo en síntesis la labor de dos años desarrollada por la entidad central del proletariado de la Argentina.

Los sindicatos deben interesarse en su difusión.

Los pedidos deben hacerse a la Federación O.R.A., acompañando el importe.

POSTERGACION

Se previene a los Sindicatos y camaradas que el sorteo de la rifa incluída en el libro "Encarecimiento y Capitalismo", de B. Bosio, ha quedado nuevamente postergado.

Recomendamos, pues, a todos los que hayan recibido ejemplares del libro susodicho traten de arreglar cuentas a la brevedad posible.

La correspondencia, como siempre, debe ser dirigida a nombre de F. Cavalo.

Comité pro diario.

De redacción

Rogamos a nuestros agentes que no envíen dinero por medio de bancos, por sernos imposible hasta ahora poder obtener el pago de sumas remitidas por ese medio.

Compañero: Contribuya a difundir "LA ORGANIZACION OBRERA" POR MES, $ 0.50—Pago adelantado

"POR EL DERECHO OBRERO"

(Resumen histórico de la gran huelga marítima 12-2-20 — 10-3-21)

Por FORTUNATO MARINELLI

Con prólogo del secretario general de la Federación Obrera Marítima, Francisco J. García.

Es un folleto que aparecerá en breve haciendo una relación de las alternativas de la última acción de la Federación Obrera Marítima, de acuerdo al siguiente sumario:

1o. Preámbulo.
2o. Las primeras nubes.
3o. La crisis.
4o. Los derechos en pugna.
5o. La resistencia.
6o. Alternativas y complicaciones.
7o. Hacia la solución.
8o. Consideraciones finales.
9o. José Serrano.

Los sindicatos, secciones o compañeros que deseen poseerlo deben dirigirse a su autor, Necochea 1111, acompañando el importe del pedido.

PRECIO DEL EJEMPLAR, $ 0.10

Comité Pro Diario de la F. O. R. A.

DOS IMPORTANTES LIBROS:

"El imperialismo capitalista y las guerras"

original del Dr. B. Bosio, con prólogo por los compañeros Luis Lauzet y Sebastian Marotta

250 pág. de texto. Precio del ejemplar: $ 1

"Encarecimiento y capitalismo"

Del mismo autor, prologado por Francisco Rosanova

72 pág. de texto, gran formato. Precio $ 0.50

Cada ejemplar contiene, además, un número de rifa, con valiosos premios, a sortearse en una fiesta que se realizará en breve.

El beneficio de los dos libros se destina al proyectado diario de la F. O. R. A.

PEDIDOS A F. CAVALO, BELGRANO 2545, CAPITAL FEDERAL

Impreso en los — talleres de — LA VANGUARDIA